

Miriam Montaña Némer:



La amada de

Miriam Montaña nos habla de la esencia de "Werther", monumental obra que emergen y se sumergen en la pasión, el embeleso, el hechizo y



Johann Wolfgang von Goethe

(Al sentir de Julia Guadalupe García)

"El suicidio sólo debe mirarse como una debilidad del hombre, porque sin duda es más fácil morir que soportar sin tregua una vida llena de amarguras"
(Goethe)

¡El Amor mueve todos los mundos!, todos los sentires complementarios y opuestos que habitan en el ser humano: El amor-amor; amor-vida; amor-pasión; amor-soledad; amor-obsesión; amor-dolor; amor-agonía; amor-muerte.....

La sublimidad y magnificencia de las imágenes de la naturaleza exhaladas en esplendor ante su enorme sensibilidad, habían deleitado y deslumbrado a Werther; quien ignoraba que en ese paraíso conocería el amor mayor y el mayor dolor de su vida:

Estoy solo en la soledad de este paraíso, es el lugar para almas como la mía; soy tan dichoso. Y he encontrado en mi Homeró como puedo apetecer. ¡Cuántas veces templa en sus versos el hervor de mi sangre!. ¡Ah!, ¡Si yo pudiera expresar todo lo que siento!

Indescriptible el embeleso y el deslumbramiento ante la apartación lucente del amor y ante la belleza de Carlota que causó un ciego hechizo; ese entorno que inspiró toda su ternura:

Difícil me sería referirte cómo he conocido a la más amable de las criaturas. Yo no podré decirte cuán perfecta es y por qué es perfecta; ha esclavizado todo mi ser. ¡Tanta inocencia como talento! ¡Tanta bondad con firmeza! ¡y el reposo del alma en medio de la vida real, de la vida activa!

La aceptación de Carlota para volver a verla, hizo nacer un calor de inefable pasión que se eternizaría en su pecho ardiente-sensible:

Ya pueden el sol, la luna y las estrellas recorrer sosegadamente sus órbitas sin que yo sepa si es de día o de noche, porque todo el universo ha desaparecido ante mis ojos.

La exaltación de su cielo amoroso, y el gozo de una secreta esperanza, había sido nublado por la pronta llegada de Alberto, el prometido de Carlota.

Alberto ha llegado y yo me marcharé. Aunque él fuese el mejor y más noble de los hombres, y yo me reconociera inferior bajo todos conceptos, me sería insostenible que a mi vista poseyese tantas perfecciones. ¡Poseer!... Basta. Alberto es excelente y no

turba mi dicha con celos ni mal humor. Y es tan generoso que ni una sola vez se ha atrevido aun abrazar a Carlota. ¡Dios se lo pague!

Werther había decidido hacer un viaje por las montañas y fue a despedirse de Carlota y Alberto. Al recorrer el cuarto de Alberto vio unas pistolas. Se inició una conversación que terminó en terrible discusión hasta que Werther apoyó el cañón de una de las pistolas sobre su frente.

Alberto, horrorizado le dijo: -¿Qué quieres hacer? No comprendo que haya quien pueda quitarse la vida.

-Están descargadas, respondió Werther. Al mismo tiempo que exclamaba: ¡Oh, hombres! ¿Qué significan todos esos juicios? ¿Sabéis distinguir las causas que las producen?.

-Alberto afirmó que ciertas acciones serán siempre crímenes, cualquiera sea el motivo. El que sigue los impulsos de una pasión pierde la facultad de reflexionar y se le mira como a un ebrio o un demente.

-¡Oh, hombres de juicio! Exclamó Werther: ¡Pasión! ¡Embríaguez! ¡Demencia! ¡todo esto es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas! Condenads al borracho y detestads al loco, porque no sals ni locos ni borrachos.

-¡Siempre extrayagante! -dijo Alberto- Todo lo exageras, hasta el extremo de comparar con las grandes acciones el suicidio, que sólo debe mirarse como una debilidad del hombre.

-¿A eso llamas debilidad? -le replicó- ¡No juzguéis! La naturaleza humana tiene sus límites.

El amor y la pasión no correspondidos y enteramente avivados en el tiempo, en soledosa e inútil esperanza, tras el muro ciego y frío de la espera, trastornaban sus estados:

¿Es preciso que lo que constituye la felicidad del hombre sea también la fuente de su miseria? Aquel sentimiento cálido y pleno ante la naturaleza, que inundaba mi alma con torrentes de delicias y convertía en paraíso el mundo que me rodea, ha llegado a ser un insostenible verdugo, un espíritu que me atormenta y me persigue por todas partes.

Estoy furioso, y me burlo de mi miseria y, más aún, lanzaría mis sarcasmos sobre quien diga que debo resignarme...; vayan al diablo los razonadores!

El beneplácito inconsciente de ese sentimiento en mente, alma y espíritu se materializan en el goce silencioso de cada detalle del cuerpo amado y sublimizado.

¡A dónde me arrastra con frecuencia mi corazón! Paso absorto en la contemplación de su figura, de sus movimientos, de la celestial expresión que pone en sus palabras. Todos mis sentidos se excitan insensiblemente.

Werther había decidido irse. Solicitó al ministro un empleo en la Embajada que le fue concedido inmediatamente.

He hecho conocimiento con el conde de C., a quien estimo más cada día. En cambio el Embajador, nunca está satisfecho de sí mismo, ni hay medio de contentarle. Sospecho que estaré poco tiempo al lado del embajador insostenible y ridículo para trabajar.

¡Qué pobres hombres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos, y cuya ambición es ocupar la silla más visible de la mesa! ¡Necios! No ven que el lugar no significa nada, y que el que ocupa el primer puesto hace muy pocas veces el primer papel.

Los pocos meses mortificaron a Werther por un destino obligado. Había pedido su cesantía, interrumpiendo la brillante carrera que lo llevaban a consejero y embajador.

El Príncipe de Z, enterado; y como grata le era su compañía, le invitó a sus estados:

El príncipe no puede ser mejor para mí de lo que es; sin embargo no estoy contento a su lado, y es que en el fondo no hay nada semejante entre los dos.

Mi actividad se consume en una inquieta indolencia; no puedo estar ocioso y tampoco puedo hacer nada. Cuando el hombre no se encuentra a sí mismo, no encuentra nada.

Lo único que quiero es aproximarme a Carlota. Eso es todo. Me río de mi corazón y hago todo lo que me manda.

Desde su regreso al lado de Carlota, había considerado la muerte como el fin a sus males...

¡Carlota! ¡Carlota!...Hace ocho días que mis sentidos se han turbado; ya no tengo fuerzas ni para pensar; mis ojos se llenan de lágrimas. No espero nada, nada deseo.

El amor en grado indescriptible; la fase irreversible de impotencia que devora la calma y confunde a la razón, reclama y se queja:

¡Oh, Dios! Si tú, que me has dado la vida, me hubieses reservado semejante felicidad, mi existencia habría de ser una adoración continua. No quiero quejarme contra tí.